

MOVIMIENTOS SOCIALES Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Luis Alberto RESTREPO

*Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional Bogotá - Colombia.*

Los nuevos movimientos sociales latinoamericanos nacen a mediados de los años setenta de la crisis conjunta del Estado capitalista dominante en América Latina y de sus eventuales alternativas revolucionarias. Son la respuesta social al vacío político. Pueden ser fermento de una nueva cultura menos autoritaria y contribuir a la transformación democrática de los partidos políticos y del Estado.

En el ámbito de los países industrializados, los nuevos movimientos sociales más conocidos son el movimiento de mujeres, el ecológico y el pacifista. Los dos primeros tienen una presencia creciente en América Latina. Junto a ellos, se vienen desarrollando muchos otros: el movimiento indígena, los movimientos de pobladores, los movimientos de jóvenes, de trabajadores de la cultura, de la salud, etc. Han aparecido casi tantos movimientos como conflictos hay en la sociedad. A la par con todos ellos, se extienden las comunidades eclesiales de base (CEBs), promovidas por sectores avanzados del clero católico o por otras Iglesias cristianas. Las CEBs son ya en sí mismas un movimiento social, pero además están ligadas a otros movimientos, a los que en ocasiones han dado origen.

Es cierto: el surgimiento de los nuevos movimientos sociales es un fenómeno internacional¹, suscitado por la identificación colectiva de una amplia gama de formas de opresión y de metas de liberación. También en el ámbito internacional, su aparición tiene que ver con la crisis de las presuntas alternativas meramente clasistas a la democracia capitalista en decadencia, ya que, en nombre de una

1. Ver, por ejemplo: Karl-Werner Brand (Hg), *Neue soziale Bewegungen in Westeuropa und in den USA: Ein internationaler Vergleich*, Campus Verlag, Frankfurt-New York, 1985.

clase, tales proyectos han desembocado en nuevas formas de dominación burocrática o de subordinación de diversos sectores sociales. Por lo menos desde mayo de 1968, la idea monolítica de dominación de clase comenzó a desglosarse en múltiples formas de opresión no clasistas que impregnan las relaciones sociales de la vida cotidiana, y que dan lugar a otros tantos movimientos sociales de liberación.

De modo más general, podríamos afirmar que los nuevos movimientos sociales son respuesta a la crisis antidemocrática del Estado moderno en general, tanto capitalista como socialista, y de los partidos actualmente ligados a él. Podrían ser expresión, quizás, de un cierto desencanto de las sociedades de finales del siglo XX con relación al Estado como espacio único de disputa por el poder o como medio privilegiado para el logro de la emancipación social. En América Latina, en todo caso, los nuevos movimientos sociales surgen a mediados de los setenta, de la crisis del modelo capitalista de desarrollo y de sus alternativas revolucionarias.

De la relativa despolitización del Estado como espacio exclusivo o privilegiado de lucha por la liberación, se ha derivado la repolitización de la sociedad. A ella responden los nuevos movimientos sociales. Siendo apartidarios y para-estatales, son, sin embargo, profundamente políticos: tienen una conciencia, así sea difusa, de los males que afectan a la sociedad global, y aspiran a su transformación. Pero no lo pretenden por la vía de la «toma del poder» estatal, como en los años setenta, sino mediante la «recuperación del poder», al menos de la parcela de poder que le corresponde a cada movimiento.

La decepción con relación al Estado no significa que los nuevos movimientos sociales hayan vuelto a soñar con la realización de la utopía anarquista. No sueñan con la pronta extinción del Estado, no luchan por su destrucción, ni intentan suplantarlo pero vuelven a mirarlo, de modo realista, como un «mal necesario», al modo como lo considera el pensamiento liberal y hasta cierto punto también Marx². Lo consideran como un espacio importante de confrontación, pero no como el único ni el definitivo. Le restituyen el poder a la sociedad civil y a sus relaciones internas de dominación.

La raíz de los nuevos movimientos sociales en América Latina es más directamente política que económica. Sin duda la crisis económica ha estimulado su desarrollo³, pero no es la simple necesidad de sobrevivencia la que los nutre. La crisis ha dado lugar a la búsqueda de muy diversas formas de sobrevivencia, mediante pequeñas empresas domésticas o comunitarias. Pero la mayor parte de ellas no van más allá de su propósito económico. Y aún las que desarrollan formas

2. A partir de la *Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel*, Marx aboga por la «realización» del Estado y en contra de su mera «supresión». Hay, pues, un realismo ante el hecho de que no se puede suprimir el Estado sin haber llevado antes a la práctica sus funciones en la misma sociedad. Y cuando esto aconteciera no se trataría de suprimirlo, sino de que el mismo Estado se iría extinguiendo.

3. Algunos autores subrayan más la crisis económica y social como factor predominante en el surgimiento de los nuevos movimientos sociales y, en consecuencia, le dan mayor importancia a las nuevas formas de organización económica que la crisis genera en las clases subalternas. Ver, por ejemplo, Mauricio Salguero-Navarro, *Actividades populares y desarrollo desde abajo y desde adentro en América Latina: hacia un marco conceptual*, University of California, Los Angeles, noviembre de 1987 (en mimeógrafo).

comunitarias de trabajo y nuevos valores opuestos a los que rigen en la sociedad individualista de hoy, no se convierten en focos dinámicos de transformación social si carecen de una fuerte motivación política. Más bien, ha sido al contrario: los movimientos sociales de origen popular han buscado, con la generalización de la crisis en los ochenta, un soporte económico a sus proyectos comunitarios, societales y políticos. En ese caso sí, la pequeña empresa doméstica se convierte en importante punto de apoyo del movimiento, así como en escuela práctica de nuevos valores afincados en los procesos de producción e intercambio⁴. En la producción comunitaria se materializa un esbozo de nueva sociedad.

Las organizaciones políticas radicales de las dos décadas anteriores soñaron con una revolución socialista a corto plazo, que hiciera posible la toma del poder, la destrucción de la «democracia burguesa» y la implantación de la «dictadura del proletariado». Los nuevos movimientos sociales abren perspectivas diferentes. Como fuerzas sociales que son, carecen de un proyecto de poder global y, sobre todo, no aspiran a la conquista del Estado. Se centran en la identificación de las necesidades e intereses del núcleo social que aglutinan y en la dinámica de su autopromoción. Su novedad proviene del hecho que, siendo profundamente políticos, no son fachada social de los partidos. Son autónomos frente a ellos. Orgánicamente no están controlados por caciques políticos, lo que les permite desarrollar estructuras más participativas. Si reciben un continuado apoyo, los nuevos movimientos sociales latinoamericanos son germen de una nueva cultura política más democrática, a partir de cuya gestación pueden ir surgiendo nuevos partidos políticos y regímenes más representativos.

Un desarrollo orgánico de la sociedad civil desde sus bases populares⁵, mediante fuertes movimientos sociales, desarrollo del que no estarían ausentes las eventuales rupturas de los actuales marcos institucionales, sería talvez el camino más constructivo para la progresiva emancipación de las sociedades latinoamericanas. Las perspectivas de liberación que se abren hoy desde los nuevos movimientos sociales son, pues, de mucho más largo aliento y demanda «paciencia histórica», pero pueden ser, quizás, más profundas y más sólidas.

Esta construcción utópica de la evolución «normal» y deseable de los nuevos movimientos sociales podría, sin embargo, resultar enteramente fallida. En algunos países, como en Colombia y Perú, la dinámica de confrontaciones armadas puede arruinar los espacios políticos indispensables para el sólido desarrollo de los movimientos sociales. Inesperadas coyunturas de orden nacional o internacional pueden conducir a nuevas guerras civiles posiblemente estancadas, como la de El

4. Ver Manfred Max-Neef y otros, *Desarrollo a escala humana*, Cepaur, Santiago, 1986, p. 83. A pesar de que el trabajo de Max-Neef también privilegia dimensiones económicas, reconoce sin embargo que los proyectos que mejor se desempeñan son aquellos que cuentan con lo que los autores denominan «recursos no convencionales» de motivación y de nuevos valores, cuyo origen _a nuestro juicio_ es de orden político.

5. En los países industrializados los nuevos movimientos sociales son policlasistas. Por qué en América Latina sean fundamentalmente «populares» y de clase, en un sentido genérico, lo discutiremos más adelante.

Salvador. En este contexto de limitaciones y posibilidades han venido surgiendo los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, objeto de este ensayo.

1. Una tipología de los movimientos sociales

Antes de entrar en la tipología más específica de los movimientos sociales latinoamericanos, es indispensable precisar la distinción entre movimientos sociales «nuevos» y «tradicionales».

Denomino *tradicionales* a los movimientos que han servido o sirven todavía de aparatos sociales de fachada de los partidos políticos, tanto de los partidos tradicionales, ligados al proyecto de sociedad vigente, como a los partidos, organizaciones políticas o político-militares de izquierda. Para los partidos tradicionales estos movimientos son clientelas electorales organizadas, mientras que para las agrupaciones políticas de la izquierda han sido, según la época y el caso, canales de reclutamiento político, espacios de lucha de sus cuadros, clientelas electorales, insurreccionales o militares. En cualquier caso, prolongación social de su línea de acción política.

Los *nuevos* movimientos sociales, en cambio, se distinguen de los anteriores por su autonomía frente a todos los partidos y organizaciones similares, y por su orientación hacia la propia emancipación en un contexto de liberación global. Su novedad no es, pues, necesariamente cronológica sino ante todo cualitativa, política. Por no estar al servicio de una organización partidaria, el movimiento se concentra en la identificación, promoción y defensa de los intereses del sector específico de población que convoca. De aquí se deriva el particularismo que algunos les reprochan. Así mismo, al no estar bajo el mando de élites políticas externas, los nuevos movimientos sociales tienen con frecuencia formas de organización menos autoritarias, más democráticas. En este aspecto, hay incluso una ruptura consciente con las formas verticales de ejercicio de la autoridad propias de las organizaciones sociales y políticas tradicionales.

La diferenciación tajante entre estos dos modelos de movimiento es, ante todo, metodológica. Señala procesos y tendencias más que realidades acabadas. No quiero decir que estos tipos se encuentren en forma pura y ni siquiera significa que ello sea deseable. La independencia de los nuevos movimientos sociales frente a los partidos no implica que sus miembros no pertenezcan con frecuencia a organizaciones políticas de diversa índole, ni desconoce que éstas tratan de imponer allí su predominio. Pero, en todo caso, el movimiento como tal no surge por iniciativa de un partido, no obedece a las directrices y consignas de ninguna organización política y, en su seno, se impone la dinámica de las preocupaciones concretas del grupo social convocado. Así mismo, la diferencia establecida no desconoce que, por fuerza de la situación, hoy en día está en marcha un importante ímpetu renovador que impulsa a los movimientos sociales de corte tradicional a cortar sus antiguas amarras clientelistas y caciquistas. Este proceso sería de enorme importancia en el camino de la democratización de la sociedad y del Estado.

Desde otro punto de vista tal vez más fundamental, es bueno señalar que los

movimientos sociales tradicionales son, además, *modernizantes*: inscriben su acción en el diseño global de la modernidad, esto es, en el empeño por someter la naturaleza al dominio de la razón instrumental y tecnológica, orientada en última instancia a la productividad y la eficiencia. Buscan solamente una distribución más equitativa de sus cargas y beneficios, bien sea de una forma radical, mediante una colectivización de la propiedad, o bien mediante reformas a la propiedad y al ingreso. Los nuevos movimientos sociales, en cambio, asumen una distancia crítica frente a la civilización moderna y llevan en sí, aun sin saberlo, el germen de una cierta *post-modernidad*. En efecto, sus preocupaciones implican una crítica al proyecto histórico de la modernidad, subyacente por igual al capitalismo liberal y al socialismo marxista. Toman distancia de la subjetividad racionalista moderna en su conjunto y buscan una nueva armonía con la naturaleza y con las fuerzas más directamente ligadas a ella. En los países industrializados hay una ruptura esencial entre los movimientos modernizantes y los post modernos. En América Latina, por razones que analizaremos luego, la frontera entre ambos es, en ocasiones, menos clara.

Teniendo en cuenta las distinciones fundamentales ya establecidas, vale la pena proponer una rápida tipología más específica de los distintos movimientos sociales, y aludir a su potencial democrático y democratizador. Para clasificar los distintos movimientos, parto del tipo de contradicción que los origina y les da su sentido, ya que no hay movimiento social donde no hay un conflicto por enfrentar⁶. A todo conflicto subyace una forma de opresión, al menos potencial, y una correspondiente tarea de liberación. Distinguiré aquí los movimientos sociales de clase, los urbanos y los culturales. Los dos primeros tipos de movimientos son, en distinta medida, tradicionales y modernizantes. Los movimientos culturales, en cambio, pueden ser calificados de nuevos y postmodernos.

Los *movimientos sociales de clase* se derivan, directa o indirectamente, de la contradicción entre propiedad y trabajo. Se trata, como es obvio, del movimiento obrero y del movimiento campesino. En Europa la lucha campesina es muy antigua, casi inmemorial. El movimiento sindical aparece en el siglo pasado. En América Latina, en cambio, ambos surgen en el siglo XX, en torno al proceso de industrialización y a la penetración capitalista en el campo. Con la transformación del modelo de acumulación en curso, se viene produciendo una modificación correspondiente del movimiento sindical debida a diversas razones: al relativo estancamiento o incluso al retroceso de la industrialización, a la ampliación del sector ligado a los servicios, a la atomización de la fuerza de trabajo en unidades productivas independientes o pequeñas empresas.

En América Latina, con frecuencia los movimientos de clase han sido, además, tradicionales: mascarones sociales de los partidos políticos de diversas ideologías. Sin olvidar por esto que, como lo hemos señalado, muchos se hallan en proceso de renovación.

En segundo término están los *movimientos urbanos*, llamados también «de pobladores» o «cívicos». No surgen, como los anteriores, de la contradicción entre

—6. En este sentido, comparto la perspectiva propuesta por Alain Touraine en sus escritos.

propiedad y trabajo, o al menos no directamente. No son, pues, movimientos rigurosamente clasistas aunque pueden ser interpretados de modo muy general dentro de ese esquema, como lo han hecho autores neomarxistas⁷. Nacen de la oposición más general entre ciudadano y Estado, y reivindican del Estado los servicios que este les debe en calidad de ciudadanos. Sin embargo, es bueno anotar que la oposición no cubre a toda la población, sino a los grupos de las periferias nacionales. Los movimientos urbanos expresan reivindicaciones de pequeñas municipalidades contra su capital regional, de toda una provincia contra la gran capital, de la periferia urbana contra sus centros. Involucran, no sólo a sectores asalariados, sino también a capas medias (comerciantes, transportadores, amas de casa), e incluso a las autoridades del lugar. Conjugan diversos sectores de clase que tienen en común su condición subordinada con relación a los centros de poder nacional y estatal. Llevan en sí la exigencia de una ampliación democrática de los servicios del Estado. Los movimientos urbanos tienen que ver, como es obvio, con el centralismo típico del modelo de desarrollo latinoamericano, con los problemas generados por la urbanización acelerada de los años cincuenta en adelante y con la incapacidad de los partidos y del Estado para tramitar sus demandas. Con la actual crisis del Estado de Bienestar, los movimientos urbanos tienden a fortalecerse.

Su naturaleza los sitúa a medio camino entre los movimientos sociales tradicionales, clientelizados por los partidos políticos, y los nuevos, de corte más autónomo, participativo y solidario. Desde este punto de vista tienen una condición social y política ambigua. No se puede desconocer que sus luchas reivindicativas frente al Estado les han permitido conquistar en ocasiones reformas democráticas. Además, han propiciado la participación de clases subalternas en la escena pública en función de sus intereses concretos y al margen de los partidos, o incluso en confrontación con sus dirigentes. Desde ese punto de vista, contribuyen a preparar el terreno para una mayor autonomía política de amplios sectores sociales.

Sin embargo, hasta hoy los movimientos urbanos coexisten con tradicionales afiliaciones partidarias y son fácilmente recuperables por el régimen político. Los participantes en ellos desligan la protesta social de su opción partidaria y del voto. Por otra parte, sólo en algunos casos las protestas reiteradas han ido dando lugar a ciertas formas embrionarias de organización. Los movimientos urbanos son más luchas esporádicas que verdaderas organizaciones estables. Esta débil organicidad no propicia el surgimiento y consolidación de nuevos valores y hábitos de articulación socio-política independiente.

Desde otra perspectiva, tanto los movimientos de clase como los urbanos se inscriben en una dinámica *modernizante*. Los primeros buscan la redistribución del ingreso o incluso, si están ligados a la izquierda radical, apuntan a la reorganización de la misma propiedad. Los movimientos urbanos o de pobladores no desbordan en principio el marco del Estado demoliberal pero demandan la redistribución más equitativa de sus servicios entre los centros urbanos y la periferia.

7. Autores como Manuel Castells, Jean Lojkine y Jordi Borja.

Finalmente, están los *nuevos movimientos sociales* o movimientos culturales. Estos no arraigan directamente en las contradicciones económicas y políticas sino, más ampliamente, en las tensiones impuestas por la cultura y por el orden de valores imperantes. Ecologistas, mujeres, indígenas, jóvenes, etc., buscan liberarse de los arquetipos y valores impuestos por la cultura dominante, gracias a los cuales la sociedad garantiza las formas de subordinación específicas de la época. Su emancipación no presupone una toma del poder del Estado sino más bien un proceso de transformación real de las relaciones sociales concretas y cotidianas de dominación.

Hasta hoy, cada uno de estos nuevos movimientos se considera como distinto e independiente de los demás, pero entre todos ellos hay un hilo conductor y una convergencia fundamental. Todos estos movimientos implican una crítica a la dominación de la sociedad sobre la naturaleza, establecida por la racionalidad moderna. Frente al totalitarismo de la razón instrumental⁸ que se considera a sí misma como puramente exterior a la naturaleza y esencialmente superior a ella, los nuevos movimientos reivindican los derechos de la naturaleza tanto exterior al hombre como interna y constitutiva del mismo. Por eso, los denomino también movimientos post-modernos.

El *movimiento ecológico* es el más amplio y general. En principio, el movimiento ecológico envuelve e implica a todos los demás y puede llegar a ser su articulador central. Apela, inicialmente, a todos los sectores sociales y expresa directamente la crítica global al modo de relación de la sociedad moderna con la naturaleza y con el medio construído. De allí su capacidad de convocatoria universal, por encima de oposiciones de clase, ideología, género, raza, etc., aunque, tras la apelación a toda la sociedad, reaparece necesariamente la crítica a determinadas relaciones sociales sobre las que se apoya el modelo depredador de la actual civilización. En América Latina, el movimiento ecológico es todavía relativamente incipiente pero las próximas décadas presenciarán su desarrollo acelerado ante la rapidez vertiginosa del deterioro ambiental del continente.

Un mayor desarrollo ha tenido, en América Latina, el *movimiento de mujeres*. Está ligado, con frecuencia, al reto de la emancipación social. El movimiento de mujeres adelanta en los países latinoamericanos una importante lucha por la modificación de las relaciones sociales cotidianas, por el cambio de los patrones culturales que rigen las relaciones entre hombres y mujeres y por importantes cambios en los sistemas jurídicos y políticos. Quizás podría pensarse que el movimiento feminista expresa, de un modo propio y específico, la crítica general a la subordinación impuesta por toda la sociedad racionalista moderna, constituída por hombres y mujeres, a las fuerzas del sentimiento y de la intuición, más próximas a la naturaleza y atribuídas exclusivamente a la mujer. La discriminación ejercida por las instituciones y los valores establecidos en contra de la mujer, siendo real, sería entonces una expresión particular de esta dominación más amplia de la razón sobre la naturaleza. En este sentido, el movimiento feminista haría parte esencial de la vasta red de movimientos que apuntan a la construcción de una nueva

8. Ver la obra de Jürgen Habermas.

sociedad que trascienda los valores de la modernidad. El movimiento podría ser considerado entonces como una forma fundamental de la ecología, por cuanto postula la restitución de las fuerzas de la naturaleza en el ser humano total y en la sociedad. Implica una crítica al racionalismo instrumental que domina todas las relaciones de la sociedad moderna.

En un sentido similar habría que entender los *movimientos indígenas*, que reivindican el reconocimiento del valor y la legitimidad de las culturas aborígenes, avasalladas en nombre de la razón y de la civilización por la sociedad colonialista moderna. En el mismo sentido apuntan los movimientos de lucha por la preservación y desarrollo de las culturas regionales. Otro tanto puede decirse de ciertos *movimientos religiosos*, que apelan de nuevo a la ética del sentimiento.

De alguna manera, todos los movimientos que luchan por los derechos de la naturaleza en hombres y mujeres, tienen que ver con la *reivindicación del cuerpo humano* en general, de los sentidos, de la imaginación y del sentimiento, subyugados por un racionalismo represivo que convierte el cuerpo en simple medio de producción o en mercancía. No parece imposible que la actual proliferación del consumo de drogas pueda ser tal vez el falso desvío de esta reivindicación. Significa quizás el rechazo a la sujeción utilitaria del propio cuerpo a los fines de la producción y del mercado, aunque por el camino estéril y autodestructivo de la evasión individual y no por la vía de la movilización y el cambio social.

Los movimientos de clase surgen a la par con la consolidación de los partidos tradicionales en el seno de las clases trabajadoras. Los movimientos urbanos, en cambio, surgen inicialmente de la crisis latente de representatividad de aquellos. Los nuevos movimientos sociales aparecen hacia mediados de los años 70 y comienzos de los 80, en gran parte motivados por la crisis de la izquierda, como lo hemos señalado. De ella heredan un alto grado de politización de clase, pero renuncian a las abstracciones ideológicas y a las estructuras organizativas de sus partidos.

A diferencia de los movimientos tradicionales y urbanos, su énfasis gravita más sobre la organización estable y la acción de autopromoción que sobre su incidencia visible en el gran teatro de las luchas sociales contra el poder del capital o del Estado. No son movimientos reivindicativos sino «propositivos», creadores de alternativas concretas⁹. Sin embargo, su importancia para el desarrollo de un poder popular y para los procesos de liberación en marcha, puede ser inversa a su aparente insignificancia. Aunque todavía incipientes, son importantes autores de los procesos de renovación democrática a los que ya hemos aludido.

2. Movimientos y clases sociales

Conviene señalar, antes de seguir adelante, la relación que tienen los movimientos urbanos y los nuevos movimientos más ligados a problemas culturales con el conflicto de clases.

9. Mauricio Salguero-Navarro, op. cit.

En los países industrializados, los nuevos movimientos sociales son policlasistas. Esto es así debido a que en estos países los conflictos de clase se encuentran en estado de «latencia» gracias a los enormes excedentes de sus economías y al avanzado desarrollo del Estado de Bienestar en las décadas pasadas¹⁰. En América Latina acontece todo lo contrario: los desequilibrios sociales son enormes, los excedentes siempre fueron escasos y lo son mucho más ahora, y el Estado de Bienestar, hoy en retroceso, nunca alcanzó una cobertura significativa. Por eso los conflictos de clase están siempre al desnudo y atraviesan de inmediato toda forma de organización social.

En este sentido, los movimientos sociales no clasistas están atravesados por los conflictos de clase y con frecuencia, separados o polarizados por ellos. Pero a su vez, la conciencia clasista crea un ámbito de aproximación y convergencia entre movimientos sociales diversos de las clases subalternas. La confrontación de clases opera así como articulador horizontal de los distintos movimientos sociales de tales clases, y les da su peculiar beligerancia política.

A través de los movimientos sociales se avanza, ciertamente con lentitud, en un proceso orgánico de constitución de las clases y sectores subalternos como actores sociales independientes. De este modo, los nuevos movimientos son un espacio privilegiado de la constitución de las clases subalternas como «clases para sí», quizás más eficaz que los partidos clasistas. Recordemos aquí algo ya sabido: las clases sociales latinoamericanas tienen una identidad deficiente. Esto es particularmente cierto respecto de las clases subalternas, tradicionalmente enajenadas en perspectivas y proyectos de poderosas organizaciones externas: el Estado, los partidos, la Iglesia, las entidades privadas de beneficencia. De allí su desarticulación y la confusión de sus enfrentamientos. Al estar marcado por agudas confrontaciones de clases, el movimiento social favorece la identificación de sus miembros como integrantes de una clase o conjunto de clases populares y subalternas, ya no en virtud de un discurso abstracto, sino en razón del proceso de autoreflexión sobre sus condiciones de vida, compartido con otras personas y grupos similares.

Curiosamente, y esto vale la pena destacarlo, los movimientos culturales, en principio policlasistas, asumen con frecuencia una dinámica de clase mucho más marcada que los movimientos de clase propiamente tales, como el sindical y campesino, debido a la tradicional vinculación clientelista de estos con los partidos políticos. Los partidos, incluso los clasistas y de izquierda, han desarrollado o controlado los movimientos sociales como clientelas políticas y, en el largo plazo, los han debilitado, proyectando sobre ellos sus propias divisiones partidistas.

Así pues, siendo en principio post-modernos y críticos de la racionalidad contemporánea, los nuevos movimientos sociales de América Latina resultan con facilidad envueltos en la dinámica modernizante de los movimientos tradicionales que buscan una mejor redistribución socio-económica del producto social. Esta contradicción es fuente de tensiones indudables. Sin embargo, la dinámica mo-

10. Es la interpretación de Herbert Marcuse y Jürgen Habermas sobre el estado de «latencia» de la lucha de clases en las sociedades altamente industrializadas.

dernizadora no los absorbe por completo. Ni los nuevos movimientos sociales disuelven los conflictos de clase en un policlasismo neutro, ni los criterios de clase tampoco absorben los conflictos de sexo, raza, edad, etc. Aún allí donde se han dado procesos revolucionarios, los nuevos movimientos sociales buscan, no sin dificultades, su propia identidad y su propia autonomía. Si el socialismo que se proponía como ideal de liberación a las clases subalternas en las décadas pasadas, era concebido antes como la toma del poder y la implantación de una nueva forma de Estado, hoy sólo podría ser entendido fundamentalmente como una Nueva Sociedad, de la cual el Estado es sólo un elemento. Desde esta perspectiva, pasemos ahora a considerar, ya no lo que los movimientos sociales son, sino aquello que podrían o deberían llegar a ser.

3. Movimientos sociales y partidos

La relación que debería establecerse entre movimientos sociales de las clases subalternas y partidos políticos en América Latina, es un terreno de debate no clarificado. Como hemos dicho, los nuevos movimientos sociales surgen en el continente de la crisis del Estado capitalista y de su eventual alternativa marxistaleninista. Su origen y su naturaleza son, pues, esencialmente políticas.

No pocos quisieran ver hoy, en los movimientos sociales, un embrión de nuevos partidos políticos. Se lamentan de su desarticulación y trabajan por su centralización con miras a «la construcción del partido». Antiguas organizaciones políticas o guerrilleras en crisis buscan en ellos el lugar de su reconstitución. Sin embargo, a mi juicio, esta perspectiva falsea la naturaleza de los movimientos sociales y amenaza con destruir su posibilidad histórica. Los movimientos sociales no son organización social dependiente de los partidos, ni su transitorio sustituto, ni embrión de futuro partido. No se trata, sin embargo, de considerar la adhesión y el activismo partidarios como contaminación. Sus integrantes, obviamente, pueden y deben tener su propia militancia partidaria en calidad de ciudadanos. Pero sí creo necesario reafirmar la naturaleza social de los movimientos y su capacidad de influir, desde la sociedad, sobre los partidos y el Estado.

Como hemos señalado arriba, en el pasado los partidos políticos de todas las corrientes ideológicas han recurrido a los movimientos sociales como prolongaciones suyas o «brazos» tendidos hacia la sociedad civil. Al menos en América Latina, los partidos han querido siempre reducirlos a la condición de clientelas electorales. De este comportamiento no se excluyen los partidos «clasistas» que, con una perspectiva ciertamente más política que meramente electoral, han pretendido penetrar en el movimiento obrero y campesino con el propósito de «elevar» su conciencia de clase. Sin desconocer que con frecuencia han acrecentado la beligerancia de los movimientos en contra del capital y del Estado, el resultado final de esta conducta ha sido más bien la clientelización del movimiento, su instrumentalización en orden a las consignas del partido, la falta de participación de las bases, la reproducción del caciquismo, la disputa por el control del poder burocrático y la división interna por rebatiñas partidistas y no de clase. En una palabra, el resultado ha sido el

debilitamiento de su poder democratizador. La fragilidad de los movimientos sociales de clase ha incidido, finalmente, en el debilitamiento de las mismas clases que estos representan.

La clientelización de las clases subalternas latinoamericanas, con todas sus secuelas antidemocráticas, tiene su fundamento en la ausencia de organizaciones propias, políticamente autónomas, capaces de representar sus intereses en el espacio de lo público. Habitualmente se le asigna la responsabilidad del clientelismo electoral latinoamericano a la «astucia» de los Partidos en el poder y se lo mira como a una maliciosa «perversión» de la democracia. La verdad es que el clientelismo es la única forma de relación posible por parte del Estado y de los partidos con clases socialmente desorganizadas. En esa condición, ni el Estado ni los partidos tienen interlocutores únicos, fuertes, representativos, capaces de hacer sentir sus intereses en el ámbito social y político. Se enfrentan más bien a una «masa» atomizada e informe, a la que deben seducir mediante diversos sistemas de contraprestaciones particulares para conquistar su legitimación electoral. Si alguna responsabilidad le cabe a los Partidos en la clientelización electoral del ciudadano, es la de haber interferido su organización independiente. El haberlo clientelizado desde sus formas de organización social. Y en ello, las distintas ideologías no constituyen una diferencia.

Curiosamente, la subordinación partidaria no tiene lugar en las organizaciones paralelas de las clases dirigentes: en los gremios empresariales. Los gremios de la producción, el comercio y la banca son políticamente autónomos. Los Partidos políticos tradicionales, ligados al poder estatal, no buscan su prolongación clientelista en los gremios de empresarios. No existe una organización gremial por cada partido. En las organizaciones empresariales priman, absolutamente, los intereses del sector y de la clase por sobre las diferencias partidarias. Incluso son estas las organizaciones que le confieren actualmente una primera y fundamental identidad de clase a los sectores dirigentes. Quizás por ello les es posible proyectarse en el espacio político a través de partidos de composición social policlasista: porque desde los gremios pueden ejercer sobre ellos y sobre el Estado la presión suficiente para darles una orientación final de clase. En lugar de permitir que las divisiones y tensiones partidarias se reflejen sobre los gremios, más bien los gremios proyectan su unidad sobre los partidos y el Estado cuando estos entran en crisis de dirección, dando así lugar a tendencias corporativistas. La clase dirigente organizada le da así soporte a los partidos.

En este mismo sentido consideramos que los movimientos sociales de las clases subalternas deben ser autónomos con relación a las organizaciones políticas de toda especie, como lo son ya, en buena medida, los movimientos que hemos denominado nuevos. De allí su importancia en relación con la transformación democrática del Estado. Sólo en la medida en que las clases subalternas consoliden su organización mediante movimientos sociales fuertes y autónomos, podrán imponer a los partidos y al Estado su representación. Pero la importancia de los movimientos sociales no se limita a la renovación del ámbito partidario y estatal. La gestación de nuevos valores de solidaridad y participación, que irriguen las prácticas cotidianas de la sociedad civil, contribuyen a democratizar la sociedad.

Una «sociedad civil popular»¹¹, independiente y democrática, debe ser, en América Latina, la base de cualquier proyecto de liberación.

Añadimos aquí una palabra a propósito de Gramsci, cuya influencia es perceptible en las nuevas corrientes de liberación latinoamericanas. El autor italiano tiene el mérito de haber contribuido a «desestatizar» la concepción leninista del poder y haber reivindicado para la «sociedad civil» una dimensión esencial de él: la «dirección intelectual y moral» de las clases sociales, el «consenso» que esta debe generar y la «hegemonía» de clase que permite ejercer. El poder no es sólo fuerza bruta, coerción partidaria o estatal, sino consenso, asentimiento espontáneo a una dirección acertada, hegemonía. Sin embargo, a nuestro juicio, Gramsci paga todavía un tributo a la concepción leninista: el instrumento privilegiado de creación de consenso y hegemonía de clase en el seno de la sociedad civil sigue siendo el partido político. Es siempre una minoría, una «vanguardia», la que debe imprimir su dirección a la sociedad entera, y en particular a las clases subalternas. La organización partidaria adquiere además una naturaleza dual: orientado a la conducción estatal, su tarea primordial se desarrolla, sin embargo, según Gramsci, en el ámbito social. Esta función ambivalente puede generar dificultades, sobre todo si el Partido llega al poder estatal y quiere ejercer desde allí su dirección sobre la sociedad.

Desde la experiencia latinoamericana nos atreveríamos a sugerir una perspectiva diferente: los movimientos sociales de las clases subalternas, antes incluso que órganos generadores de consenso y hegemonía, son el fermento de la «identidad» de las clases subalternas, del «pueblo» latinoamericano. Sin identidad de clase mal puede haber dirección, consenso y hegemonía. Justamente por ello, los movimientos sociales son la base de una eventual y creciente dirección intelectual y moral ejercida por las clases populares en la crisis continental. Son ellos el órgano privilegiado para la gestación de un consenso alternativo y de una nueva hegemonía. Son fuerzas sociales cuya acción e influencia se ejerce en la sociedad civil. Más amplios que el partido, de estructuras más participativas, tienen menor peligro de «vanguardismos» finalmente antidemocráticos. De ese modo las clases subordinadas y los movimientos sociales pueden proyectar su influencia, como grupos clasistas de presión, sobre partidos pluriclasistas y sobre el mismo Estado.

4. Movimientos sociales y democracia

Los movimientos sociales en su conjunto, liberados de las ataduras clientelistas y enriquecidos con prácticas solidarias y democráticas, pueden ser la fuerza decisiva para una redemocratización «desde abajo» en América Latina.

La democratización latinoamericana no puede ser solamente un proyecto de Estado, sino ante todo, un proyecto de Nueva Sociedad. Se trata de democratizar el conjunto de las relaciones sociales y de la cultura latinoamericana, en una lucha

11. Ver Luis Alberto Restrepo, op. cit.

permanente contra el machismo, la discriminación racial, el clericalismo, el caciquismo, y todas las formas de opresión y discriminación social.

La democracia no es hoy una causa propia de las clases dominantes latinoamericanas. Tal vez no lo ha sido jamás. La burguesía latinoamericana tradicional, nunca desligada del poder terrateniente y agroexportador, incapaz de gestar un real consenso, no fué a lo largo del siglo XX una convencida promotora de la democracia. Adoptó sus formas a falta de otras que le dieran legitimidad. A la nueva clase dominante de hoy, ligada al capital especulativo, transnacional y monopólico, la democracia no le resulta funcional ante la presión de las clases subalternas, ni le preocupa en verdad demasiado, ya que su verdadera nación es la corporación. Por ello, la lucha por la ampliación y profundización de la democracia es hoy un objetivo de orden estratégico para las clases subalternas. Ampliar la cobertura de la democracia representativa, depurar sus mecanismos, introducir dimensiones de la democracia directa a nivel local, son tareas propias de la liberación latinoamericana. Ciertos valores predicados por la democracia representativa, como el respeto a los derechos humanos, la libertad de opinión y de asociación, el pluralismo partidario, la existencia de elecciones, la participación democrática en los medios de comunicación, parecen convenir hoy solamente a las mayorías subordinadas. Desde este punto de vista, no puede haber Nueva Sociedad sin la preservación de los espacios de libre construcción de la «voluntad general». Hay que desechar la idea de toda dictadura, así sea la del proletariado.

Pero la renovación democrática «desde abajo», por ser de contenido popular, desbordaría sin duda, tarde o temprano, los márgenes institucionales del actual capitalismo dependiente en búsqueda de nuevas formas de socialismo. Este nuevo tipo de socialismo no podría ser identificado, sin embargo, con la social-democracia de corte europeo. La profundidad de los conflictos sociales del continente no lo permite. Si en la crisis actual se abren espacios de participación democrática para las clases subalternas, la presión desbordaría, parcial o globalmente, periódicamente o de una vez por todas, los marcos de las instituciones existentes.

Por otra parte, más que modelo acabado de sociedad, el socialismo para América Latina debe ser entendido como proceso siempre abierto de socialización: progresiva asunción colectiva de la responsabilidad en la gestión social y política, dentro de un marco de pleno respeto a las diferencias. No simple transferencia de la propiedad de manos del individuo a la colectividad social, y menos aún si el Estado y el partido se convierten en el sustituto de la misma sociedad. Socialismo implica, ante todo, responsabilidad compartida en la gestión de la producción y en la conducción del Estado. Y en este proceso no hay término: siempre habrá nuevas metas por alcanzar. Socialismo no existe sino como proceso de socialización. Un Estado que se declara socialista convierte el socialismo en ideología de Estado.

Por eso, la alternativa entre revolución o reforma es hoy, en América Latina, una disyuntiva abstracta. La tarea consiste en la potenciación de las clases subalternas y medias gracias al fortalecimiento de los movimientos sociales, a la profundización de la democracia en las relaciones sociales y en el Estado, y al avance en la socialización como condición indispensable y consecuencia de la democratización. Cuándo y cómo hayan de sobrevenir las rupturas, y cuál haya de ser su forma y

profundidad, es algo que no se puede anticipar. Depende, también, de la evolución de las clases dirigentes y de las potencias hegemónicas. Y estas también son cambiantes. Por otra parte, la verdadera revolución no es el triunfo militar o insurreccional, sino lo que viene después del él: la transformación estable de las costumbres e instituciones en un sentido democrático. Pero esa transformación está siempre en curso. La revolución es ahora.

América Latina atraviesa por una época de incertidumbre. Las antiguas hegemonías nacionales y continentales están en evolución y crisis. También lo están las alternativas radicales de las dos décadas pasadas. El bloqueo histórico da lugar a fenómenos preocupantes de descomposición social y política. Sin embargo, los nuevos movimientos sociales manifiestan la búsqueda de los pueblos latinoamericanos por reconstruir una Nueva Sociedad desde abajo, desde la creación de una nueva cultura participativa y democrática que empuje las viejas estructuras institucionales hacia nuevos horizontes de responsabilidad compartida en la gestión social del destino colectivo y de redistribución de los beneficios del trabajo común.